

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS



El Ensayo: entre la aventura y el orden.

Jaime Alberto Vélez. Bogotá. Taurus. Bogotá. 2000, 107 páginas

En el medio académico, por antonomasia la universidad, es frecuente que los profesores soliciten a los estudiantes escribir ensayos como trabajo final o en su defecto, como parte del proceso evaluativo en cada una de las disciplinas del saber. En la gran mayoría de los casos los alumnos no saben a ciencia cierta qué es un ensayo y mucho menos cómo es su proceso de escritura.

La situación se torna más problemática porque las fronteras del ensayo no se encuentran muy bien delimitadas, y porque de alguna manera el ensayo es refractario a las normas, al rigor y al formalismo que impone lo académico. Además, tampoco los profesores parecen ponerse de acuerdo sobre los requisitos que debe cumplir el ensayo. Mientras unos piden escribir textos altamente formalizados, otros los requieren como comentarios o informes de lectura.

Para responder a estas preocupaciones el libro *El ensayo: entre la aventura y el orden* de Jaime Alberto Vélez, profesor de la Universidad de Antioquia, y columnista de la revista “El malpensante”, se propone revisar las constantes históricas del ensayo y situarlo más allá de las definiciones absolutas, de las fórmulas hechas o de las actitudes simplistas, y sobre todo precisar sus límites, que muchas veces se pierden por la confusión con otro tipo de escritos como el comentario, el informe de lectura o la reseña.

La experiencia docente del autor es de gran importancia para comprender cabalmente los problemas de escritura de este género en el medio académico; es por esto que el libro resulta de gran interés no solo para quienes trabajan en el área de la lectura y la escritura en los niveles de la educación básica y de la universidad, sino también para escritores principiantes y expertos.

El libro está constituido por cuatro capítulos que pueden leerse como cuatro ensayos relacionados entre sí y que le confieren una unidad de forma y contenido al texto, pero al mismo tiempo desarrollan aspectos particulares sobre el tema. El capítulo V es un apéndice que contiene ensayos muy breves como una muestra representativa.

El primer capítulo se titula “Breves consideraciones sobre el origen y evolución del ensayo” y en él se exponen las principales características del ensayo, teniendo en cuenta la obra de Michel de Montaigne y la de los continuadores clásicos del género. Una de las características más sobresalientes del ensayo establecidas por Montaigne es la de ser un modo personal de ver el mundo, sustentado en un punto de vista propio sobre la realidad circundante. Su tono personal no significa autismo, por el contrario afirma Vélez, el ensayo desde su nacimiento se caracterizó por reconocer el papel de la cultura y de la información. La citación es otra constante en los ensayos de Montaigne y se ha transmitido como un legado en el desarrollo del género. Una primera conclusión es que el ensayo nace como una tentativa abierta y libre de plantear las propias opiniones lejos de la pretensión de verdad irrefutable.

Al referirse al gran ensayo inglés (Bacon, Swift, De Quincey) resalta su carácter libre y personal así como una virtud que se convirtió en parte esencial de su naturaleza: su carácter estético. Además, establece que un gran ensayista debe ser un gran escritor, un escritor experimentado en quien se combinan armónicamente inteligencia y saber, cultura e inspiración dentro de una concepción de la escritura como arte.

En síntesis, el arte del ensayo se funda básicamente en su equilibrio y armonía producto de la sabia clasificación de sus elementos lejos de la grandilocuencia, de la afectación, del lenguaje de jerga y de la excesiva normatividad. El buen ensayo, nos dice el autor, posee las mismas virtudes y magias propias del arte de la conversación expresadas en su intención dialogante y la capacidad de expresar el flujo natural del pensamiento sin pretender establecer un nuevo sistema de conocimiento o asentar verdades definitivas.

En el segundo capítulo “Algunos aspectos formales” el autor hace precisiones etimológicas entre las que merece destacarse la que hace de la palabra *Discursos* (previa consideración en la que establece que el ensayo es un discurso); el término *Discurso*, proviene del latín

“discurrere” que significa “correr acá y allá”. Otro significado de la palabra Discurso es “curso de las aguas” metáfora de la que saca suficiente provecho para caracterizar el ensayo. De acuerdo con este sentido las ideas de un ensayo deberían fluir con la misma libertad y transparencia de un arroyuelo o un río en medio de la naturaleza. En este sentido la exposición de Vélez evidencia que ensayo y discurso continúan corriendo en la misma dirección.

Establecer las afinidades del ensayo con otras formas de expresión contribuye a aclarar mejor sus rasgos sobresalientes y a establecer sus límites. El ensayo de Montaigne heredó, por ejemplo, de la antigua diatriba griega la apariencia agradable, el estilo agudo y vigoroso y la utilización reiterada de citas, anécdotas, sentencias tomadas de diferentes fuentes.

Con el *soliloquio*, practicado por Marco Aurelio, Montaigne comparte el examen desprevenido de la vida interior y del comportamiento humano aparte de ser formas abiertas de la reflexión como también lo intentó la *carta abierta*. El ensayo moderno conserva el tono propio de la correspondencia epistolar gracias al artificio retórico de la confesión personal que caracteriza esa conversación espontánea y auténtica, sello de identidad del género.

A diferencia del *informe* que se caracteriza por la exposición objetiva de un tema, y del *tratado*, que persigue como propósito fundamental agotar un tema o abarcarlo de la manera más amplia posible dentro del principio de objetividad, el ensayo presenta siempre una visión muy personal, sin la pretensión de agotar el tema.

Las palabras *essai*, francesa; *saggio*, italiana; *ensaio*, portuguesa; *essay*, inglesa, además de la castellana *ensayo*, provienen de la expresión latina *exagium* que significa “pesar en la balanza”. Ensayista, nos dice el autor, es aquél que sopesa las ideas existentes. Sopesar ideas significa verificar, confrontar el peso de las ideas de acuerdo con diferentes concepciones apuntando siempre a miradas renovadas sobre los temas buscando, ensayando nuevas formas del pensamiento libre. El ensayista debe reconocer y valorar las ideas y opiniones previas existentes sobre el tema, por lo que el ensayo representa un diálogo activo y permanente con la cultura, articulado en una doble condición: cultivo del estilo y lucidez conceptual determinada por el dominio del saber.

La razón de ser del ensayo, de acuerdo con Jaime Alberto Vélez, reside en el movimiento, en la progresión continua: con cada página escrita el ensayista va más allá de sí mismo, oscila permanentemente entre la aventura y el orden, entre el dominio de las ideas personales y las de los otros, entre la ciencia y la opinión, entre el rigor y la libertad, entre la belleza y la verdad siempre en el terreno de la tentativa provisional, de la creatividad y el arte más que en el de la exactitud o la objetividad absolutas.

El capítulo III intitulado “El ensayo colombiano: un curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo” aborda desde una perspectiva histórica y crítica la situación del género en Colombia. Para el autor, los diferentes momentos del ensayo no logran constituir una secuencia histórica que permita hablar de una tradición en sentido estricto. Los hitos más importantes del ensayo en Colombia son el resultado de la labor de tres o cuatro grandes escritores que lograron enfrentar y superar las limitaciones del medio.

El ensayo ha sido considerado por los escritores colombianos como un género menor; el intelectual colombiano ha sido, por norma, muy cercano a la grandilocuencia y a la erudición y ha preferido denominarse a sí mismo como un humanista, politólogo u hombre de estado que ensayista. A esto se suma que tampoco ha existido una delimitación muy clara de las fronteras del ensayo: algunos escritores le han dado el nombre de ensayo a prólogos, reseñas y comentarios. Otro factor que debe considerarse en el análisis de la problemática del ensayo en Colombia es la tardía aparición de la traducción de los ensayos de Montaigne, exactamente en 1898, trescientos años después de su publicación original en francés. La recepción de los ensayos de Montaigne no fue muy amistosa por parte de las jerarquías eclesiásticas y políticas de nuestro país porque a Montaigne se le consideraba un escritor heterodoxo, y casi pagano. En un ambiente así donde no se leía o se mal interpretaba a un pensador como Montaigne, era muy difícil que se desarrollara el ensayo que es un género que se caracteriza por la libertad para adoptar un punto de vista propio. Además, precisa el autor, los radicalismos políticos tan ajenos a la esencia del ensayo y que han prevalecido en la historia de este país impidieron el surgimiento y un buen desarrollo del género en Colombia. El intelectual colombiano se ha visto obligado a defender un determinado punto de vista y esto le

ha impedido examinar, tantear y sopesar las ideas, por lo que este ejercicio ha quedado relegado a la cátedra o a la conversación privada.

Una de las tres o cuatro personas dedicadas a este curioso entretenimiento en un siglo fue Baldomero Sanín Cano. La principal virtud de Sanín Cano fue su toma de distancia frente al sectarismo de la época en una actitud de gran libertad personal, virtud esencial del ensayo, gracias a su independencia frente a cualquier tipo de acondicionamiento político o ideológico.

El autor señala que la intransigencia ha sido la nota predominante en la intelectualidad colombiana, y nada más opuesto a la naturaleza del ensayo. El caso de Carlos Arturo Torres autor del libro "Idolos del foro" es destacado como un hecho excepcional en un ambiente tan estéril para la evolución del género porque evidencia una nueva visión, una actitud que pone en cuestión el fanatismo los excesos y la exaltación patriótica. Igual es el caso del cronista Luis Tejada cuyo estilo se podría comparar con el buen ensayista por su capacidad de razonar con gran audacia y libertad, además de la facilidad en el manejo del lenguaje, el humor y la irreverencia con la que abordaba los diferentes temas. Sin haber practicado directamente el ensayo las crónicas periodísticas de Luis Tejada constituyen un hecho feliz y excepcional en la cultura colombiana caracterizada por su solemnidad.

El capítulo IV, "Límites del ensayo académico" explora el papel del ensayo en el medio académico y cuestiona las concepciones y prácticas que han denominado las diferentes disciplinas del saber en el ámbito educativo, especialmente en la universidad. En primer lugar el autor plantea que el ensayo ha terminado por convertirse en una noción confusa que los profesores suelen exigir a sus alumnos para cumplir determinados requisitos académicos. Lo paradójico está en que sobre ningún otro concepto existen tantos sobre-entendidos e impresiones, al mismo tiempo que se hace una exigencia tan alta sobre su alcance como género de escritura. La práctica del ensayo debería constituirse en el resultado de un proceso y no en su inicio como suele ocurrir en la vida académica, porque de acuerdo con los grandes ensayistas se puede concluir que este género exige sólidos conocimientos y una gran madurez intelectual.

Este punto de vista que resulta sumamente polémico porque se puede objetar que entonces ¿cuándo iniciar al estudiante en la elaboración más madura de su pensamiento?, lleva a Vélez a argumentar

que existen otros tipos de escrito como el informe o el resumen, como formas de acceso al conocimiento o requisitos para verificar qué y cómo ha aprendido el alumno y que a la vez constituyen una buena forma de preparación para una posterior escritura del ensayo.

De este planteamiento se concluye que no puede escribir un ensayo quien no sabe redactar una reseña, y mucho menos, una *reseña crítica*. Un informe de lectura representa una actividad académica importante que puede preparar en forma eficaz al estudiante para enfrentar formas de escritura más exigentes como la *monografías*, las *tesis* o el *trabajo de investigación*, porque dar el nombre de ensayo a cualquier clase de escrito constituye una especie de relativismo muy peligroso para el desarrollo y libre expresión de las ideas.

El ensayo no es ajeno a ninguna de las disciplinas y cualquier saber implica, necesariamente, el modo adecuado y eficaz de expresarlo. El descuido o desorden en el modo de expresión representa un problema de organización del pensamiento, pero el asunto no es simplemente de forma, como suele creerse, sino que hace parte del proceso mismo de la construcción de las ideas. Estilo y pensamiento configuran una unidad indisoluble.

Una conclusión fundamental a la que llega el profesor Vélez es que la incapacidad académica para acceder a este género textual no debe verse sólo como falta de información sobre sus técnicas particulares sino como un fracaso de todo el sistema educativo. El argumento es plausible desde todo punto de vista: para escribir un buen ensayo se requiere un individuo sensible, culto y con criterio propio, pero ¿no son acaso estos los fines básicos de la educación? se pregunta el autor.

El apéndice (capítulo V) incluye siete ensayos, verdaderas piezas maestras del género, que abordan y son una muestra representativas de ensayos científicos, filosóficos y literarios de autores como Michel de Montaigne ("Sobre la vanidad de las palabras"), Francis Bacon ("Sobre el estudio"), Bertrand Russell ("Mi modo de escribir"), Luis Tejada ("La gramática y la revolución") Baldomero Sanín Cano ("La enseñanza del idioma"), Lewis Thomas("De la Muerte natural") y Miloslav Holub ("La vida derramada"). El propósito de la muestra es contrastar, o más bien corroborar la teoría expuesta en el libro y servir como guía de ejercicios y otras actividades en el aula de clase.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El autor ha logrado con este libro de atractivo formato y gran contenido reavivar un debate, que parecía haberse silenciado, sobre un género tan importante en el mundo de las ideas. En su exposición cumple con las virtudes propias de un ensayo: sencillez, claridad, gracia y competencia para construir un sólido punto de vista propio sobre la materia. Sin embargo, es preciso manifestar algunas inquietudes en torno a los planteamientos hechos por el autor. En primer lugar, llama la atención que no haya dedicado unas páginas a examinar la cuestión del ensayo en la América Hispana, siglos XIX y XX, género que alcanzó un papel preponderante en la discusión sobre nuestro destino histórico y nuestra identidad cultural y produjo muestras de altísima calidad como son los ensayos de Alfonso Reyes, José Martí, José Carlos Mariátegui, José Enrique Rodó y más recientemente los textos de Jorge Luis Borges, Angel Rama, Ernesto Sábato y Octavio Paz, que abordan con sinigual maestría las cuestiones de la cultura, de arte, de la educación y de la literatura desde una perspectiva muy personal e independiente.

Cuando se refiere al ensayo en Colombia hay un olvido imperdonable: el de William Ospina quien se ha convertido en el escritor más prolífico y representativo de este género en los últimos veinte años en Colombia. En segundo lugar, en la "Nota Preliminar" el autor afirma "que el escritor se siente más inclinado a practicarlo que a plagarlo de normas. Síntoma inequívoco, entonces, si se mira bien, de su vigorosa salud". No obstante, podemos constatar que el arte de la conversación ha sucumbido ante los afanes de la vida moderna y ante el miedo que recorre las ciudades y los campos especialmente en nuestro país, y que la carta lamentablemente ha desaparecido frente al poder y rapidez del correo electrónico. ¿No será que igual destino le espera al ensayo cuya en esencia es afín a la conversación y a la carta?

Una última precisión con relación a lo que plantea el autor: desligar el ensayo de los géneros literarios implicaría dejar por fuera una producción muy significativa y variada. Afirmar que juzgarlo sólo como obra artística le restaría importancia al componente conceptual como si la obra de arte no expresara también pensamientos o ideas.

Alfonso Vargas Franco
Escuela de Ciencias del Lenguaje,
Universidad del Valle